

El Porvenir del Obrero



N.º 129

Oficinas: Castillo 59.—Mahón (Baleares)

28 Enero 1903

Número suelto 5 cts.—Trimestre 1 peseta

Paquete de 30 ejemplares, una peseta.

JUSTICIA

JUSTICIA reclaman los obreros; solamente justicia, y no piedad, ni compasión, ni caridad cristiana. Una larga experiencia—¡y tan larga!—nos ha convencido de que tales palabras no encierran un concepto de algo positivo, sino que son engaños, disfraces del egoísmo exclusivista más refinado, cuyo único objeto es acallar las protestas de los que sufren para que puedan continuar triunfando á su sabor los privilegiados.

No es el sufrimiento del pobre una novela que se cuenta de lejanos países ó de remotos tiempos, como los milagros de las religiones; es una realidad que se ve y se oye y se tropieza con ella diariamente y aun muchas veces al día. Nadie puede alegar ignorancia en este asunto.

La multitud de pobres mendicantes que *infestan* (lenguaje burgués) las grandes capitales, precisamente donde con mayor escándalo se ostentan el lujo y la opulencia, es una formidable y continua llamada de atención á los distraídos. Por más que le preocupen los negocios ó los placeres, no hay rico que no se encuentre con frecuencia inevitable ante el espectáculo de la miseria. Ni los ricos pueden prescindir de verlo, ni de comprender que causan víctimas, que crean y aumentan el número de los desgraciados cuando se afanan por enriquecerse ó cuando se ocupan en divertirse.

El que haya pobres no es una necesidad de la naturaleza, sino una consecuencia de la desigualdad social. Habrá pobres mientras haya ricos, porque son los ricos los que hacen pobres á los demás. Cada rico necesita sacrificar á un gran número de trabajadores; su ociosidad, su abundancia, sus esplendores, son el fruto de privaciones innumerables; lo que á él le sobra viene á faltar á muchos.

Se puede disculpar la injusticia que se comete en el arrebató de un momento; pero no es posible tolerar que el daño persista y se perpetúe de generación en generación. Los que causan el mal no pueden ignorarlo; y si lo ignoran, si hasta ese extremo están dormidos, preciso es que venga á despertarlos el estruendo revolucionario.

Resultan vanos los llamamientos á la piedad. No los oyen los poderosos, no quieren oírlos, no los han oído nunca. Solo se ha aparentado la caridad para engañar, para prolongar la pobreza humillante de unos y la riqueza insultante de otros. A veces lo que se llama caridad solo es un negocio: así los hombres de iglesia, por ejemplo, mantienen (muy escasamente, por cierto) algunos pobres, igual que ciertos explotadores de la mendicidad exhiben niños, robados ó alquilados, á los que inoculan enfermedades repugnantes, como cebo para recoger mayores limosnas. Todas esas verguenzas, en vez de remediar el mal, lo enconan.

No es posible que los trabajadores se satisfagan con esas farsas; ya se les ha engañado bastante. No es posible que consientan que se les continúe robando el producto de su trabajo para ofrecerles después, como generosidad con que no se puede contar siempre, algunas migajas del festín de los opulentos. Por ley de naturaleza y porque son los que producen, tienen derecho á vivir y á vivir bien, desahogadamente, cómodamente. Nadie puede ostentar mejor derecho que ellos.

Si los ricos hubiesen tenido un poco de corazón,

si, al menos, hubiesen sido en alguna manera razonables, siquiera por egoísmo, el problema social no se presentaría con la agudeza que hoy los ricos lamentan y habrán de lamentar más en lo sucesivo. Pero la burguesía es ferozmente malvada ó terriblemente imbécil. Donde se ha creído fuerte ha desdenado las quejas y los lamentos y ha contestado á las reclamaciones justas con violencias monstruosas. Hija espiritual de los frailes, solo conoce los medios represivos, y su profeta fué Silvela cuando proclamó que la suprema salvación estaba en los maüssers, mereciendo sus aplausos un general que bárbaramente propuso acabar á tiros con la solidaridad obrera.

Por ese camino no vamos á la pacificación, sino á la guerra despiadada. Con los grandes propietarios andaluces y extremeños que se gozan en el hambre de sus campesinos y con los industriales catalanes que suscriben el inicuo *pacto del hambre*, no hay que pensar en arreglos y componendas. La lucha social es ya para los trabajadores cuestión de vida ó muerte, porque si desfalleciesen, todos los propietarios y capitalistas acabarían por seguir el ejemplo de aquellos malvados y la vida del trabajador sería de todo punto imposible.

Pero no ha de luchar solamente para vivir, sino para mejorar sus condiciones de vida. ¿Porqué se ha de contentar con poco el que tiene derecho á mucho? No por esto la lucha ha de ser más difícil, pues el mismo esfuerzo se necesitará y las mismas resistencias habrá que vencer (los burgueses resistirán siempre, á lo poco y á lo mucho, con todas sus fuerzas, como enseña la experiencia) para obligar á los poderosos á conceder las ventajas que los trabajadores consideran indispensables, que si se trata de conquistar la plenitud de los derechos, con una diferencia, y es que para conservar lo primero la lucha tendrá que ser constante, mientras que conquistado lo segundo se realizará la paz social.

El término final de las luchas sociales ha de ser la supresión de clases por medio de la igualdad económica. Solo reinará la justicia cuando no existan ricos ni pobres, siendo todos los hombres en común propietarios de la gran riqueza del mundo.

Si la burguesía, falta de sentimientos humanos, se muestra feróz en la defensa de sus injustos privilegios, el pueblo para hacer valer sus derechos se mostrará implacable.

M.

El Emperador

ME parece haber traído de allá una hermosa imagen colorida, de sencilla hechura, realzada con un poco de oro brillando en los botones del uniforme, para agradar á los niños; y esta imagen es la figura del Emperador.

No puedo recordar á San Petersburgo sin que esa figura se me aparezca; ni puedo hojear el álbum interior de mis pensamientos franco-rusos sin encontrar en todas las páginas la misma imagen alucinante, muy real y un poco tonta, á fuerza de ser sencilla, con las mejillas rosadas, los ojos azules, una dulce sonrisa de retrato al cromo y una barba rubia cortada en punta.

He visto en la llanura gris de Krasnoí-Sélo las gorras redondas y negras, las túnicas oscuras y los

bustos famosos que rodea el capote gris del regimiento Moskowski. He visto la línea roja de las charreteras del primer batallón del Emperador y la amarilla que forman en los uniformes negros las charreteras del 4.º batallón de la Famille. He visto la infantería desfilando cadenciosa é inclinar sus águilas ante M. Loubet; y he visto cargar los cosacos con sus lanzas rojas. Pero por encima de todos esos recuerdos guerreros, manifestación de la fuerza del Imperio, destacándose sobre la multitud de soldados en marcha que pasan lanzando su grito de fidelidad, veo en primer término la pequeña figura inmóvil—el retrato pacífico y dulce, recién pintado de rosa en las mejillas, de azul en los ojos y de rubio en la barba—del Emperador que me mira.

La imagen vestía de gala aquella tarde y yo caminaba á lo largo de las avenidas recién limpiadas del parque, dirigiéndome al pequeño teatro chino. Las hierbas de los céspedes eran todavía raras, á causa del retraso de la primavera, y sobre la arena se veían aún los trazos de innumerables escobas. Mas allá del pequeño puente adornado con monigotes que da entrada al parque Tsarskoíé-Sélo, había yo visto, dos días antes de la fiesta, el ejército de los barrenderos: hombres de camisa roja, mujeres con pañuelos amarillos en la cabeza y algunos muchachos. Llevaban las escobas sobre la espalda, como fusiles, y antes de pasar el puente adornado con monigotes, unos soldados, brutalmente, les registraban. Las manos de los soldados entraban en los bolsillos y se deslizaban por las ropas, entreteniéndose á lo largo de las piernas de las mujeres que aguantaban su escoba sobre la espalda. Los niños fueron registrados también, y marcharon todos á barrer, de dos en dos, delante de los soldados.

Conviene que nos sean agradables las avenidas que nos han de conducir al teatro chino, donde estará expuesta por la noche la imagen de gala del Emperador. No conozco nada más feo que ese teatro chino, en que se habían pintado sobre todas las puertas ramilletes de chorizos; esto es chino, conchichino. Pero no importa; en la escena Petitpa y Preobrajenska bailan, y en los palcos se ven los perfiles de las grandes damas del Imperio. Cesan los bailes y cae la cortina en medio del silencio diplomático que no permite los aplausos, y luego, con un movimiento único, los perfiles de los palcos y los uniformes del pátio se vuelven hácia la imagen. Está en lo alto, en el centro, dentro del palco. En ese palco hay dos Emperatrices, un Presidente de República, dos Grandes Duques y la mancha negra de M. Delcassé; pero todas las miradas se fijan en la imagen inmóvil y dulce, recién pintada de rosa en las mejillas, azul en los ojos y rubio en la barba cortada en punta.

Un día tuvo un sueño. Vió tres vacas: la una gorda, la otra flaca, la otra ciega. La flaca chupaba el pecho de la gorda y la ciega miraba. Llamó á los adivinos quienes le dijeron:

—Señor, he aquí la esplicación de vuestro sueño: la vaca gorda es la Rusia, nuestra madre: la flaca que chupa el pecho de la gorda es M. Witte, vuestro ministro de Hacienda; y la vaca ciega que asiste al lastimoso espectáculo y mira sin ver, es Vuestra Majestad, señor.

No se enfadó, porque es bueno; pero conservó á M. Witte en la Hacienda. No hizo daño á los adivi-

nos, no hizo daño al ministro. El Emperador cuyo carácter es en extremo amable, no gusta de hacer daño á la gente.

A este propósito, se cuenta:

Un día, M. Sipiaguine—que aun no había sido asesinado—fué á encontrarle para someter á su aprobación un proyecto de reforma relativo á la percepción del impuesto en el campo. El proyecto pareció ingenioso al Emperador, quien respondió á M. Sipiaguine:

—Soy de vuestra opinión, señor ministro.

M. Sipiaguine salió dejando el puesto á M. Witte, quien se puso á demoler el proyecto de reforma enumerando sus desventajas. El Emperador escuchó á M. Witte, como había escuchado á M. Sipiaguine; y dijo á M. Witte:

—Soy de vuestra opinión, señor ministro.

M. Witte se marchó y dejó el puesto á la Emperatriz madre, que había asistido á las dos entrevistas desde una habitación adyacente.

—Hijo mío, dijo la Emperatriz del modo más suave que pudo; hijo mío, me parece que en vuestro deseo de ser amable con todo el mundo, os falta alguna vez la firmeza en vuestros designios. Sois de la opinión de M. Sipiaguine y enseguida de la opinión de M. Witte. No es necesario, hijo mío, ser de la opinión de todo el mundo.

El Emperador reflexionó y dijo:

—Soy de vuestra opinión, madre mía.

Mirad, en medio de los cortejos, al Emperador que pasa. Es el Emperador de Rusia, es el Autócrata. Es también el Dios, porque reúne «las dos mitades de Dios que con el Papa y el Emperador». Desde que hay hombres sobre la tierra, no han podido hallar un amo más absoluto. Dispone de la vida y de la muerte. Centenares de millones de hombres le invocan llamándole «Nuestro Padre». Sufren y se rebelan en su nombre. Por acercarse á él, millones de campesinos armados de guadañas han saqueado provincias. Pero están tan lejos, tan lejos, y él está tan lejos de ellos, que ni siquiera ha oído los llantos y los gemidos de Poltava. Un pueblo ha pasado por las baquetas y otro ha tomado el camino de las grandes estepas siberianas y él nada ha visto, nada ha oído. La Finlandia ha corrido hácia él hasta la frontera, y sus clamores han resonado en todo el mundo; pero él está tan lejos, tan lejos que nada ha oído. Los estudiantes desde las Universidades y desde los calabozos han suplicado á los grandes del Imperio que les permitiesen exponer sus reclamaciones al Emperador en nombre del Pensamiento humano, y los poderosos del Imperio han respondido á los estudiantes que el Emperador está muy lejos y demasiado alto para que pueda llegar hasta él el Pensamiento humano.

Mirad, entre el cortejo, el Autócrata que pasa; que nada sabe, nada vé, nada oye, que nada puede.

Esta figura de ojos azules, mejillas rosadas y rubia barba, que se desliza siempre sobre mis recuerdos de Rusia, de la santa y pavorosa Rusia, me produce el efecto de una estampa de caja de bombones que alguien hubiese pegado sobre una máquina infernal.

Gaston Leroux.

MONÓLOGO

LA Justicia. Bellísima, si, espléndida, magnífica. La balanza siempre en el fiel, la equidad siempre por norma; dar á cada cual lo suyo, pesar en la conciencia los propios yerros, reconocer y confesar las propias faltas; respetar la rectitud ajena y adoptarla por guía de las particulares acciones... ¡qué hermosa aspiración humana!

¡La libertad! Nada que seduzca, que sugestione como ella. Vivir en la plenitud de todos los derechos; moverse ampliamente en todas direcciones sin tropiezos ni vetos humillantes; sentirse dueño

absoluto de los privados actos, capaz de realizar todos los ensueños y todos los deseos; pensar, sentir, obrar como nos plazca dentro del universal concierto de los demás humanos, como nosotros libres... ¡que maravilloso prodigio de los tiempos venideros!

¡La Fraternidad! Hermanos todos, unidos indisolublemente por el lazo del amor, reafirmado por la identidad de los intereses; más que hermanos, partes vivientes de un solo y armonioso todo, organizado en la más estrecha solidaridad de los afectos, de los pensamientos y de los fines... ¡qué delicioso despertar en un mundo nuevo de nuevas concepciones!

Si; como nebulosa que desafía nuestros calculos, se dibuja en lontananza; allá muy lejos, verso la parte donde si se leva il sole, según la expresión de Pietro Gori, el dulcísimo poeta italiano de los ideales nuevos. Con sus contornos suavemente desvanecidos, avanza, lenta, muy lenta, esta mágica visión de lo futuro; todo mi ser la siente, la ve, la palpa. Quiero hacerla mía, poseerla en la realidad palpitante de los hechos, gozarla sin límites ni treguas, sediento de amor, de justicia y de libertad. Quiero hacerla mía y se desvanece, se aleja, huye: se disuelve en el inmenso espacio de las ilusiones, como en el infinito espacio de la materia se disuelven las formas para reorganizar nuevas existencias producto de innumerables combinaciones químicas. Quiero hacerla mía, y un grito brutal de brutal egoísmo se escapa de mi garganta, tornándose al desencanto de la realidad que abrumba, que deprime, que envilece, que esclaviza al hombre.

¡Tengo hambre! Mi estómago vacío ahuyenta las metafísicas de mi pensamiento, las fantasías de mi imaginación, las caprichosas y dislocadas formas de mi intelecto enfermo. Los terribles aldabonazos de la suprema necesidad barren, como huracán desencadenado, todas mis ilusiones. Es preciso comer, satisfacer á la bestia que vive en nosotros, alimentar la máquina que sin cesar trabaja. Pan, primeramente pan para mí y pan para todos, que son á millones los que se consumen en la miseria, medio desnudos, mal cubiertos los huesos por piel rugosa, seca, achicharrada por el sol y por el frío. Pan para todos antes que inútiles abstracciones repletas de bellos deseos. Pan para todos antes que ampulosas filosofías de imposible comprensión para estómagos hinchados de hambre. Pan para todos antes que divagaciones prematuras sobre la quinta esencia de un porvenir risueño.

¡La Justicia, la Libertad, la Fraternidad, aspiración suprema, nobilísimo deseo, ideal eterno de la humanidad que sufre! Bien venidas sean si con ellas se realiza la más grande de todas las conquistas, la conquista del pan; que mientras divago sobre las abstracciones necesarias de un mundo mejor, los ogros del Capital, de la Teocracia y del Poder chupan mi sangre después de explotar mi trabajo, macerar mi cuerpo y esterilizar mi espíritu.

Este grito brutal de brutal egoísmo que á la realidad me trae, es la expresión ruda, descarada, del anhelo primero, de la necesidad perentoria que desde la cuna agita á la pobre humanidad que arrastra su penosa existencia entre hambres y suplicios. Dan pan al hambriento, redimid al esclavo, y la Justicia, la Libertad y la Fraternidad no habrán menester de otros soldados que por ellas luchen y sucumban generosamente.

¡Pan, pan para el hambriento, que lo demás vendrá por añadidura!

Ricardo Mella.

El cristianismo ha confundido demasiado la castidad con la pureza. La pureza verdadera es la del amor... Un eunuco ó un seminarista puede no tener nada de casto; la sonrisa de una novia ser infinitamente más virginal que una monja.

Marc Gullan.

El canto del Jeitero

¡Hoy es Año Nuevo!... ¡Y allí la traíña!
¡Y aquí nuestras redes!
¡Y allí los que llevan al mar la rapiña!
¡Y aquí los que traen del mar las mercedes!

¡Hoy es Año Nuevo!... ¡Y allí el fabricantel!
¡Y aquí el marinero!
¡Y allí, sobre el oro, la vista constante!
¡Y aquí el puño siempre, buscando el acero!

¡Hoy es Año Nuevo!... ¡Y allí la gran casa!
¡Y aquí la ruín choza!
¡Y allí, susurrando, la brisa que pasa!
¡Y aquí la tormenta, que mata y destroza!

¡Hoy es Año Nuevo!... ¡Y allí entre familia!
¡Y aquí nunca entre ella!
¡Y allí, junto al piano, la dulce vigilia!
¡Y aquí, sobre el suelo, la amarga querella!

¡Hoy es Año Nuevo!... ¡Y allí los encajes!
¡Y aquí los harapos!
¡Y allí, siempre grata, limpieza en los trajes!
¡Y aquí, siempre hedionda, basura en los trapos!

¡Hoy es Año Nuevo!... ¡Y allí el pebetero!
¡Y aquí el tufo á brea!
¡Y allí de la estatua pendiente mechero!
¡Y aquí el velón roto que aceite gotea!

¡Hoy es Año Nuevo!... ¡Y allí la carroza!
¡Y aquí el pie desnudo!
¡Y allí lengua alegre que suelta retoza!
¡Y aquí, triste, inmóvil, el labio del mudo!

¡Hoy es Año Nuevo!... ¡Y allí la amplia mesa!
¡Y aquí las migajas!
¡Y allí, en blando lecho, la sábana tiesa!
¡Y aquí la tarima, cubierta de pajas!

¡Hoy es Año Nuevo!... ¡Y allí luz y vida!
¡Y aquí sombra y muerte!
¡Y allí la cabeza, soberbia y erguida!
¡Y aquí el rudo tronco doblándose inerte!

¡Hoy es Año Nuevo!... ¡Y allí todo á gusto!
¡Y aquí nada bello!
¡Y allí lo que sobra!... ¡Ya más de lo justo!
¡Y aquí lo que falta!... ¡Y habrá que ir por ello!

Luis A. Mestres.

Revolución económica

IL faut une idée dans la tête un même temps qu'une balle dans le fusil», decía el antiguo revolucionario Blanqui.

Esta advertencia de un hombre que conocía la poca solidaridad de las masas y la corta duración de las efervescencias románticas, me vino á la memoria, hace algunos días, mientras uno de mis amigos, militante enérgico y sincero, se reía de la revolución «economía».

Porqué económica? decía; la revolución es la revolución, sencillamente.

Es posible, no importa que, en medio de tempestades y fluctuaciones, cada uno de los movimientos de masas que suceden al período de evolución, haciendo entrar en el dominio de los hechos las ideas que han germinado durante una generación ó un siglo, conserve su orientación característica. No se puede medir previamente la amplitud, ni predecir á ciencia cierta lo que ha de ser, conforme á un plan metódicamente trazado con anticipación; pero no es menos cierto que al hombre consciente le corresponde, aun en los mayores trastornos sociales, saber á donde vá y lo que se propone.

El gran movimiento de la Reforma no fué solamente la rebeldía religiosa de Lutero, porque detrás del monje alemán, que más de una vez flaqueó y se arepintió de haber emprendido la lucha contra Roma, se levantaron los zwinglianos, animados de un reformismo más amplio y sobre todo más revolucionario, y después de estos los anabaptistas

de Munster, nósticos comunistas. Sin embargo, después de las agitaciones y tempestades, lo que subsistió de la Reforma fué precisamente la conquista del libre examen, que era la reivindicación inicial.

La Revolución francesa, todavía más que la inglesa que le había precedido, saltó hasta la república regicida, después de haber formulado sus pretensiones al grito de ¡viva el rey! Tuvo también sus aspectos sociales con Marat, los hebertistas y Babeuf. A pesar de todo, lo que de ella quedó, aún cuando después de haber sido confiada por Bonaparte pareció vencida por las bayonetas de la restauración, fué el establecimiento de un régimen constitucional, en cuyo nombre había comenzado el movimiento.

Del mismo modo, deduciendo del pasado y también de las tendencias actuales la marcha general de la revolución próxima, creemos que esta revolución será y deberá ser entre todo la del desheredado, del trabajador contra el capital. Que aparezcan mil tendencias, mil ideas, es inevitable; que la conquista del bienestar engendre más ó menos rápidamente una transformación moral y mental, creando por fin hombres en lugar de crear brutos, tiranos y esclavos, es inevitable también. Muy probablemente nosotros no presenciaremos esta regeneración, pero la entrevemos, y esto ya es algo.

Pero para que sea realmente social, y no el simple advenimiento al poder de nuevos charlatanes, mercaderes de nuevas frases, importa que la base de la revolución sea económica; porque, aún dentro de la sociedad presente, no faltan snobs que se dicen anarquistas, hartos que se titulan socialistas y patrioterros y antisemitas que aseguran que son revolucionarios.

Y no es, seguramente, servir los intereses de estos señores lo que nos proponemos.

Ch. Malato.

DESDE EL FONDO

VISTIENDO el traje de franela, las alpargatas de lona y el sombrero inglés, me aguardaba frente a la jaula el ingeniero de la mina, un francés cuyo nombre he olvidado; no me ocurre igual con sus corteses atenciones y agradabilísima conversación. De ellas guardo y guardaré siempre grata memoria.

Seguido por él, y precedido por el capatáz, emprendí mi rumbo hacia el interior de la mina. Hundíanse mis pies en una alfombra de fango líquido; penetraba mis pulmones el aire frío, transportado por los tubos ventiladores desde la tierra, llena de luz, á la tierra, cubierta de sombras, y mis pupilas se dilataban curiosamente para ver en la obscuridad extendida frente á ellas.

La luz de nuestros candiles, reflejándose contra las paredes, convertía en petrificados arroyuelos de plata las vetas de plomo y en joyería inapreciable las sales que cristalizan con variada geometría sobre las orillas del túnel; la bóveda de éste se desvanecía entre las tinieblas, y como apariciones, por las tinieblas vomitadas, descubriáanse vagonetas de mineral que pasaban y repasaban frente á nosotros, empujadas por hombres semidesnudos, cubiertos de sudor.

Aquellos hombres iban y venían de las torbas á la boca del pozo y de la boca del pozo á las torbas, con trajín incesante, pataleando sobre el fango, contrayendo sus músculos para conducir las vagonetas, aferrándose á ellas para no resbalar, levantando la cabeza con objeto de recibir en sus pulmones el oxígeno disuelto en la atmósfera y mezclando su jadeo de bestias azuzadas por el mayoral, al rumor áspero de los ejes en movimiento, de los vehículos en trajín y de los pedruscos en viaje.

A esta operación fatigosa; á esta labor ruda, más propia de caballerías que de hombres, se le llama en la mina el paseo.

¡El paseo! Tal vez la ironía, metiéndose de contrabando en el cerebro de un minero, de un empujador de vagonetas, le hizo tropezar con esta frase, meter dentro de ella todos sus odios, todas sus angustias, todas sus miserias de ser humano convertido en animal de transporte por exigencias de su estómago faltó de ali-

mento y por mandato de sus patronos sobrados de codicias.

¡El paseo!... Así llaman los mineros á su faena, á su fatigosa marcha de horas y horas por las sombras del túnel, bajo la lluvia de las filtraciones subterráneas, entre el contacto viscoso del fango líquido, el crujir sordo de sus huesos, el esfuerzo continuo de sus músculos, el penoso alentar de sus pechos, el chorrear frío del agua que moja sus piernas y el caliente chorrear del sudor que destilan sus frentes; así llaman á su tarea mal retribuida; á su ir y venir conduciendo las vagonetas casi á cuatro patas; á sus choques contra las piedras; á sus resbalones sobre los carriles; á su avance á ciegas entre obscuridades llenas de peligros; á su oficio de locomotoras humanas, que tienen por ejes, músculos y nervios; por combustible, sangre; por engrase, la transpiración de sus cuerpos; por motor, la miseria; por estación de descanso, un cuartucho antihigiénico; por taller de reparaciones, un hospital cualquiera, y por depósito de arrumbamiento, la fosa común.

¡El paseo! Eso, un paseo, es para el minero el arrastre de las vagonetas.

¡El paseo!.. Lo que para los demás hombres significa descanso, saludable ejercicio, rayos de sol que fortalecen el cuerpo y entibian la sangre, ráfagas de aire puro que reconstituyen los pulmones, significa para el minero trabajo, marcha dolorosa, navegación entre matadoras tinieblas, aniquilamiento de vida, desgaste de fuerzas. Dimitir de hombre durante ocho horas y convertirse en bruto, uncido á un carretón de arrastre.

¡El paseo!... Sin embargo, tal vez no sea irónico el título con que los mineros califican esta faena.

Acaso, y sin acaso, es ella, de todas cuantas se realizan en la mina, la menos cruel, la menos peligrosa, la más confortable é higiénica. Puede que, relacionándola con otras, la consideren justamente una diversión, un entretenimiento, un rato de placer ó solaz.

¿Qué vale esta faena comparada con la de los perforadores, que, barreno en mano, trabajan en fondos explorados á medias, donde la atmósfera es irrespirable y el descenso se hace por escalas de esparto, á las que suelen faltar tramos y en las que resulta casi imposible apoyar la punta de los pies y la falange superior de los dedos?

Yo he subido por una de esas escalas, no trepando, arañando el muro con las manos y con los pies; he respirado, segundos, nada más que segundos, una atmósfera de cuarenta y cinco grados; he visto á esos hombres, á esos perforadores, desnudos de medio cuerpo arriba y tendidos en violento escorzo—el que permitía la altura del techo—hundir la barrena en la piedra y colocar dentro del agujero el cartucho de dinamita; los he visto prontos á encender una mecha que les deja el tiempo justo para agarrarse á la escala y subir por ella y oír desde el último peldaño el primer estallido del explosivo destructor.

Así los he visto. ¿Que falta un peldaño? ¿Que resbala un hombre? ¿Que prende la mecha con mayor rapidez de la usual y estalla el barreno un segundo más pronto de lo calculado? No importa; se sustituye al trabajador muerto por uno vivo, y adelante con la faena. Mientras haya hombres disponibles, eso es un accidente sin importancia cotizable para el crédito mercantil de la mina.

No importa que muera el cargador de los barrenos; tampoco importa que una sogá se quiebre por sobra de uso, y el hombre que desciende á profundidades tremendas, sin otro apoyo que la propia sogá rota de pronto, se haga pedazos contra las piedras ó se ahogue en el revuelto fondo de las aguas corrientes por el límite de cualquier pozo en construcción.

Igual importa que los cortadores de mineral, tumbados boca arriba en el fondo de verdaderos nichos, donde los muertos están sustituidos por vivos, y el reposo de las brutalidades del trabajo servil, claven sus picos en las brillantes paredes del filón y extraigan el plomo golpe á golpe y respiren un aire asfixiante, y bañados en su propio sudor ganen un jornal de catorce reales, hasta que cualquier día un peñasco les rompa la cabeza ó un hundimiento les trague por la boca trágica del abismo abierto á sus pies.

¡Qué importa eso! La mina necesita vivir, enriquecer á los accionistas, arrojar por el borde de los pozos ríos de mineral, que las fundiciones, lavaderos y cámaras condensadoras aguardan impacientes. La mina necesita vivir; los obreros necesitan comer. Entre morir de hambre ó de un accidente minero, los hombres prefieren morir de una vez á irse muriendo poco á poco.

Y los obreros siguen, por necesidad, trabajando, y los amos de la mina, por indiferencia codiciosa, haciendo que los trabajadores expongan su vida más aún de aquello que, por la índole de su oficio, debieran exponerla; y la mina, el infierno humano, martirizador de seres vivos, continúa devorándolos en la sombra, mientras arriba, sobre la tierra, el sol luce en el cielo, las flores brillan en los campos, y una atmósfera tibia, la atmósfera andaluza, el aire de aquella tierra ardiente, provocadora de deseos, hacen que mujeres y hombres, obreros y obreras, busquen las dichas del amor, para producir nuevas razas trabajadoras, que la mina de una parte y la miseria de otra se encargarán de destruir.

Joaquín Dicenta.

Enero, 1903.

DOCTRINA DE PAZ

«Pueblos hay en donde por desconocer la verdadera religión de la paz, que predicó el Cristo que murió en la cruz, viven en completo estado de barbarie, como bestias, cometiendo mil sacrilegios y destrozándose unos con otros, sin temer para nada el castigo divino.»

«Hace muchísima falta que les civilizemos, que les inculquemos nuestras doctrinas, y á este fin se ha dispuesto que salgan para esos puntos algunos de nosotros, para realizar tan noble y provechosa tarea.»

«Si logramos vencer, estaremos satisfechos de haber cumplido con nuestro deber; si por el contrario nos matan sin querer escucharnos, no haremos sino aumentar el número de los infinitos mártires que han sucumbido en defensa de nuestra santa religión.»

Así se expresaba un padre jesuita, subido en el púlpito.

II

La tribu de Be-ho-hamed, vivía en paz; allí no existían ricos ni pobres; allí el terreno era de todos y cada uno sacaba de la madre tierra lo suficiente para sustentarse.

Fallecía uno y sus funerales consistían en amontonar haces de leña y colocar encima el cadáver, prenderle fuego y, mientras aquel cuerpo inanimado volvía á la nada, danzaban y cantaban sus compañeros, pensando sin duda que el morir es solo pagar natural tributo á la tierra realizando la terrible y verdadera sentencia: *Pulvis es et pulvis reverteris*

Un día, cundió en la tribu la noticia de que se había visto en parajes cercanos á un hombre blanco, vestido con rara indumentaria, y que venía con objeto de predicarles una religión desconocida.

Ellos aguardaron su llegada, con verdadera impaciencia, hasta que al fin apareció, acompañado de un intérprete.

Le recibieron muy bien, colmándole de agasajos, y el padre, engraido por la cariñosa acogida, quiso poner muy pronto en práctica su *penosa tarea*.

Al principio todos se obstinaban en no escucharle, pero pronto tuvo prosélitos, formándose dos partidos, y aquí empezaron las discordias entre aquella ganta pacífica.

El padre de almas arengaba á los suyos, mientras los contrarios se preparaban para pedir á *aquel ángel tutelar* estrecha cuenta de porqué les había interrumpido aquella antigua paz característica en ellos, y de este modo se armó una guerra religiosa, efecto de la cual el predicador tuvo que tomar las de Villa-diego dejando á aquellos infelices *barbaros* en completa discordia.

III

El padre á su regreso relataba de este modo sus aventuras «Con la ayuda de Dios, hermanos míos, he regresado á esta nuestra querida patria, después de árdua labor que he visto coronada por el éxito.»

«Aquellos salvajes escuchaban embelesados nuestros sermones y al final venían llorando, y arrodillándose á nuestras plantas pedían el bautismo.»

«Una guerra que tenían al llegar logré calmarla y ellos agradecidos me colmaron de ricos presentes que tengo que invertir, la mitad para la restauración de las Iglesias y la otra para el Padre Santo»

IV

Entretanto la tribu de Be-ho hamet, seguía diezmandose, efecto de la guerra religiosa armada por aquel mensajero de la religión de paz.

Maximo C. Gonzales.

Mahón 18 Enero 1903.

HIGIENE POPULAR

Instrucciones contra la tuberculosis

La tuberculosis es una enfermedad producida por un microbio que á la luz del sol muere en poco tiempo y en la obscuridad vive y se desarrolla. Este microbio abunda mucho en los esputos de los tísicos.

Cuando se tocan estos esputos, sus partículas se mezclan con el aire que respiramos, se introducen en los pulmones y engendran la tuberculosis en las personas predispuestas á padecerla.

Predisponen á la tuberculosis:

Los excesos en las bebidas alcohólicas.

El aire insuficiente é impuro y la falta de luz del sol.

La alimentación escasa y de mala calidad.

El trabajo excesivo.

Los padecimientos morales continuos

Los vicios.

La suciedad.

Donde entra el sol y el aire es puro; donde hay limpieza, vida arreglada, buenos y suficientes alimentos, no entra la tuberculosis.

La tuberculosis se evita:

Desinfectando toda habitación donde haya vivido un tuberculoso, sus ropas y sus muebles.

Limpiando el suelo con aspilleras húmedas para no levantar polvo.

Preservando del polvo los alimentos, cociéndolos bien é hirviendo la leche.

No usando vajilla ni tomando alimentos procedentes de tuberculosos.

No escupiendo en el suelo de las habitaciones, de los talleres, fábricas, colegios, iglesias, cafés, teatros, comercios, en las escaleras de las casas, en los tranvías, coches, etc, ni en las aceras de las calles.

Instalando, donde fuere posible, escupideras con líquidos desinfectantes.

La tuberculosis ataca principalmente á los pulmones (tisis pulmonar) y á las cubiertas blandas del cerebro (meningitis tuberculosa).

La tuberculosis se cura con aire libre y puro de día y de noche; con alimentación sana, substancial y en mayor cantidad que la ordinaria, con quietud, tranquilidad de espíritu y sueño prolongado.

La tuberculosis se cura mejor al principio y en los sanatorios, donde se hace una vida continua en el campo y donde no hay peligro de contagio.

Los tuberculosos que abusan de bebidas alcohólicas rara vez se curan.

Dr. José Sáenz y Criado.

LA HUELGA GENERAL DE BUENOS-AIRES

Los periódicos que recibimos de América traen largas relaciones de la huelga general declarada por solidaridad obrera en Buenos Aires, que fué ocasión de que aquel gobierno republicano expulsara inicua y a unos cuantos obreros extranjeros que se habían distinguido por su amor á la causa santa de la emancipación y á sus hermanos oprimidos.

El gobierno de la República demostró que no basta el nombre de republicano para ser amigo del pueblo; aquel es un gobierno de clase, compuesto de burgueses y defensor de los intereses de la burguesía, contra el pueblo trabajador, contra la razón, contra los derechos humanos el primero de los cuales es el derecho á la vida.

«Hermosa y elocuente, dice *La Rebelión* de Montevideo, fué la actitud del pueblo. La mujer obrera, sobre todo, dió muestras de ser una poderosa aliada que sentía la justicia que guiaba la lucha. Se vió á infinidad de ellas en las calles afrontar sin temor á la policía.»

El mismo periódico acaba así un valiente artículo:

«La fuerza de las armas esta vez pudo ahogar la fuerza poderosa de la Huelga General que era la razón. Es bueno saberlo para otra vez que al obrero se le antoje rebelarse. Entonces lo hará con las armas en la mano, esperando sin temor que se intente impedir brutalmente su protesta. Entonces sabrá que la Huelga General debe ser ayudada con la Revolución, con la lucha á sangre y fuego contra la imposición brutal de los gobiernos y la burguesía.

«Es necesario armarse; es tan necesario adquirir un fusil como procurarse el pan de cada día.

«Será para otra vez. Esta ha sido una prueba. Ahora ya se sabrá á qué atenerse cuando las circunstancias empujen á la Huelga General.

«Estamos aburridos ya de que se nos robe, de que se nos martirice y de que se nos mate.

«Ya son muchas las veces que se ha asesinado á alguno de los nuestros. Bueno será que para la próxima caigan algunos de los otros!...»

DE BARCELONA

22 de Enero de 1903.

Han sido puestos en libertad todos los compañeros presos por la publicación de las hojas contra el Vice-Presidente de la República Argentina y el hallazgo de las bombas que escondió y después descubrió la policía. La plancha de ésta ha sido monumental, pues el juego ha sido visto por todo el mundo; por lo tanto ha acabado de desacreditarse este procedimiento policiaco y no creo vuelvan á usarlo nunca más.

Quedan ahora en la cárcel dos de los expulsados de la Argentina y un compañero italiano acusado de haber facilitado la fuga de Pierconti, aquel compañero que prendieron en Valencia y que, al conducirlo á Italia, se escapó del buque que lo conducía después de haber salido de este puerto.

El calvario que sufren los expulsados de la República Argentina no puede ser mayor. Se buscan todos los recursos para molestarles.

Según noticias, en varios puertos de Francia, Italia y Cuba se *boycoteará* á todos los buques procedentes de la Argentina, como protesta por el salvaje atentado á la libertad cometido por aquella República, contra los obreros españoles é italianos. Si se confirma la noticia, es seguro que aquí la secundarán. Creo muy acertada esta medida y ojalá la lleven á cabo y sea secundada por los obreros de todo el mundo para hacer comprender á aquella República que no en balde se maltrata á hombres honrados.

Julián Monzón.

DE VALLS

15 Enero 1903.

El día 7 del corriente tuvo lugar un mitin organizado por el consejo local de la Federación Obrera, viéndose muy concurrido. Hicieron uso de la palabra los compañeros Rovira y Borrás, curtidores, Mateu y Serra, panaderos, y S. Ciudad, tejedor. Se protestó contra el mal proceder de la República cubana que ya ha regado las calles de la capital con sangre obrera, y contra la Argentina, por la inicua ley de expulsión de que han sido víctimas honrados trabajadores españoles é italianos.

También se habló de la *Mano Negra*, reclamándose la libertad de los presos.

Se combatió la política y como la tribuna era libre el presidente preguntó antes de acabar el acto si alguno entre los presentes quería refutar lo que se había expuesto, no contestando nadie.

DE SABADELL

Parece que hay intención de reproducir el proceso que se hizo hace un año con motivo de la huelga general. El intento es perjudicar á honrados trabajadores, que bastante sufren con tener que

ganarse la vida en malas condiciones. Hay que estar alerta.

TINTA FRESCA

Los Tiempos Nuevos, periódico mensual, anarquista comunista que se publica en Sevilla calle Arrayán, 18.

La Antorcha Valentina valiente semanario librepensador que vuelve al campo de la lucha. Gracia, 28, 2.º—Valencia.

El grupo editor de *La Huelga General* de Barcelona ha publicado un nuevo folleto:

Por qué de la Huelga General. Su objeto; sus medios; el día siguiente; actitud de los partidos políticos. Contestación á Jaurés. La Huelga general y la acción económica.

Elegantemente impreso el folleto cuesta 25 céntimos y á los correspondientes las condiciones de costumbre.

Dirigirse á I. Clariá, calle de Aldania, 3, 2.º, 1.ª, Barcelona.

Nuestro amigo y compañero Sebastián Suñé nos escribe participando que se halla enferma en Barcelona una hija del compañero J. Lopez Montenegro, y que para ayudarle, no teniendo otro medio que la venta de folletos, se ha decidido rebajar los precios de los que puede disponer al tenor siguiente:

La Huelga General, á 10 céntimos uno y 2 pesetas los 25 ejemplares.

Conferencias Socialistas, 30 céntimos y los 25 ejemplares 5 pesetas.

Los correspondientes que tengan existencia, deben remitirlos ó saldarlos á este precio; se agradecería fuese sin pérdida de tiempo.

Dirigir los pedidos á Federación López, calle Conde del Asalto, 163, 3.º, 2.ª, Barcelona y los giros á nombre de Sebastián Suñé para mayor facilidad en el cobro.

ASOCIACIÓN DE OBREROS PANADEROS

La junta directiva de esta sociedad ha quedado constituida en la siguiente forma:

Presidente: Francisco Olives.

Secretario: Rafael Olmos.

Tesorero: Juan Robert.

LIBROS Y FOLLETOS

que se hallan de venta en esta Administración

	Pesetas.
El Botón de Fuego, por J. López Montenegro, cada cuaderno	0'10
Las Dos Fuerzas. Reacción y Progreso, por José Sánchez Rosa	0'30
Orientación Sociológica por Sebastián Suñé	1'00
La Huelga General, por José Lopez Montenegro	0'25
Educación y Autoridad Paternal, por Carlos Albert	0'05
El Trabajador y la Huelga Revolucionaria, por el grupo editor de «La Huelga General»	0'10
¿Dónde está Dios? por M. Rey	0'10
La Peste Religiosa, por J. Most	0'05

CORRESPONDENCIA

LÍNEA DE LA CONCEPCIÓN.—V. Z. Recibidas 10 pesetas. Liquidado hasta fin Diciembre. Hemos escrito y enviado 50 folletos. Servimos paquete que indicabais.

SANTANDER.—M. M. Conformes. Hemos enviado paquete todos los números. Enviamos folletos.

INCA.—A. M.—J. J.—R. P. Recibidas 3 pesetas. Escribimos.

CASSÁ DE LA SELVA.—M. P. V. Recibida una peseta. Enviamos paquetes que indicas.

SABADELL.—Enviamos paquete á J. S.

ALAYOR.—L. P. Recibidas 16 pesetas.

B. Fábregues, imp. Nueva, 25.—Mahón.
Talleres, San José, 69